

silbido poderoso y vibrante de la máquina, que arrojó su primer chorro de vapor, mientras las ruedas comenzaban á girar con esfuerzo visible.

Rivet, salió de la estación corriendo para llegar al paso de nivel y ver una vez más á Rosa; cuando el vagón cargado con aquella mercancía de carne humana pasó, el carpintero, saltando y sacudiendo su tralla, repetía el estribillo de la canción de Rosa, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

Y vió alejarse y perderse al fin con la distancia, un pañuelo blanco, agitado afectuosamente.

## VI

En el tren durmieron hasta la llegada, con el sueño feliz de las conciencias tranquilas;

quilas; y cuando entraron en su casa, después de la tregua y el descanso, cenaron deprisa para volver al combate, á sus costumbres, á sus clientes de todos los días. Encendióse al anoecer el farolillo, indicando á los transeuntes que había vuelto el rebaño á su redil, y en un abrir y cerrar de ojos, corrió la noticia, no se sabe cómo ni de qué manera. El hijo del banquero, Felipe, llevó su oficiosidad al extremo de avisar por un recado al señor Tournebau, aprisionado entre su familia.

El salador tenía precisamente los domingos muchos parientes convidados á comer, y estaban tomando café cuando se presentó el mandadero con la carta; el señor Tournebau, muy emocionado rompió, el sobre y palideció: el papel no contenía más que dos renglones, trazados con lápiz: «*Cargamento de bacalaos hallado; na-*  
*rio*»

*vio entrado puerto; buen negocio para usted. Venga pronto.»*

Rebuscó en sus bolsillos para darle al mandadero veinte céntimos, y poniéndose colorado como un tomate, dijo: — «Es indispensable que salga esta noche». — Y puso delante de su mujer la carta lacónica y misteriosa. Tocó el timbre, pidió á la muchacha su abrigo y su sombrero, y al verse al fin en la calle solo, echó á correr canturreando; el camino se le hacía interminable; tan viva era su impaciencia.

La casa de la señora Tellier estuvo muy animada. En la tienda las voces de los hombres del puerto producían una bulla ensordecedora. Luisa y Flora no sabían á quien atender; bebían con uno, al instante con otro, nunca merecieron mejor su apodo las «dos Bombas». Las llamaban de todas partes á la vez, no daban abasto y la noche se ofrecía para ellas muy fatigosa.

El

El cenáculo del primer piso, estuvo completo á las nueve.

El señor Vasse, juez del Tribunal de Comercio, el pretendiente reconocido, pero platónico del *ama*, hablaba con ella misteriosamente en un rincón, y uno y otro sonreían como si comenzasen á entenderse. El señor Poulín, antiguo alcalde, tenía á Rosa montada sobre sus piernas, mientras ella le acariciaba las patillas blancas acercándose mucho á su rostro. Un muslo asomaba entre la seda amarilla del vestido levantado y el paño negro del pantalón, y las medias encarnadas estaban prendidas por unas ligas azules, regalo del comisionista, su compañero de viaje.

La voluminosa Fernanda echada en el sofá, tenía los dos pies apoyados en el vientre del señor Pimpessi, el recaudador; la cabeza sobre el chaleco del joven Felipe; y mientras rodeaba con el brazo de-  
recho

recho el cuello de éste, sostenía con la mano izquierda un cigarro.

Rafaela conversaba muy entretenida con el señor Dupuis, el agente de seguros, y terminó diciendo:—«Sí, querido mío, esta noche te complaceré».—Y dando sola una vuelta de vals rápida al través del salón, repetía:—«Esta noche hago todo lo que me pidan.»

Abrióse la puerta bruscamente, y el señor Tournebau apareció. Estallaron gritos entusiastas:—«¡Viva Tournebau!»—Y Rafaela, que seguía valsando aún, se dejó caer sobre su pecho. Él la recogió con un abrazo formidable, y sin decir nada, levantándola como una pluma, atravesó el salón, tomó la puerta, y desapareció en la escalera de las alcobas con su carga viva, entre los aplausos de todos.

Rosa, que procuraba enardecer al antiguo alcalde besándole repetidas veces y tirándole

tirándole de las patillas, aprovechó el ejemplo:—«Vamos, imítale»—dijo. Entonces el viejo se levantó, y abrochándose el chaleco, tentó el bolsillo donde llevaba el dinero, mientras seguía á la moza.

Fernanda y el *ama* quedaron solas con los otros cuatro, y Felipe dijo:—«Yo pago el Champagne. Señora Tellier, haga usted que traigan dos betellas». Entonces Fernanda, estrechándole más, incorporóse para decirle al oído:—«Háznos bailar. ¿Quieres?» Felipe se levantó, y acercándose al piano, que dormía en un rincón, tocó un vals ronco y lacrimoso. La buena moza enlazó al recaudador, el *ama* se abandonó en brazos del señor Vasse, y las dos parejas comenzaron á girar, dándose á cada vuelta un beso. El Sr. Vasse, que había bailado mucho en sociedad, hacía figuras, y ella le miraba cautivada, con esos ojos que responden «sí», un «sí» más discreto

discreto y más delicioso que una palabra.

Federico llegó con el Champagne y todos bebieron. El Sr. Tournebau reapareció satisfecho, aliviado, radiante, gritando: —«No sé qué tiene Rafacla que resulta deliciosa esta noche.» Después bebió de un sorbo una copa que le ofrecían, diciendo: —«Caramba, esto es un lujo.»

En seguida, Felipe se puso á tocar una polka y el Sr. Tournebau se lanzó con la bella judía, sosteniéndola en el aire sin dejarle poner los pies en el suelo. El señor Pimpessi y el señor Vasse, se pusieron también á bailar. De cuando en cuando, una de las parejas deteníase junto á la chimenea para apurar una copa del vino espumoso; el baile amenazaba eternizarse, cuando Rosa entreabrió la puerta con una bujía en la mano. Estaba con el cabello suelto, en camisa y zapatillas, muy animada, y con el color encendido: --

«Quiero

«Quiero bailar»—dijo. Rafacla preguntó: —«¿Y tu viejo?»—«Ya duerme; se duerme siempre». Y agarrándose al Sr. Dupuis, que se había quedado solo en el diván, reanudaron la polka.

Pero las botellas estaban vacías. —«Yo pago una»—dijo el señor Tournebau. —«Y otra yo»—repuso el Sr. Vasse. —«Pues yo también otra»—concluyó el señor Dupuis. Todos aplaudieron.

Aquello se organizaba, se convertía en un verdadero baile.

Dé vez en cuando Luisa y Flora subían apresuradas y daban rápidamente una vuelta de vals, mientras abajo sus clientes se impacientaban; luego volvían corriendo al café con el corazón henchido de pena. A media noche bailaban aún.

A veces una de las mozas desaparecía, y cuando la buscaban para hacer un

un vis á vis, notábase también la falta de un hombre.

—«¿De dónde vienen »—preguntó Felipe, riendo cuando entraban el señor Pimpepsi y Fernanda.

—«De ver cómo duerme Poulín»—contestó el recaudador.

La frase hizo mucha gracia, tuvo un éxito enorme, y todos á su vez subían «á ver cómo dormía Poulín», acompañados por una de las mozas, que se mostraban aquella noche muy complacientes. El *ama* sostenía en los rincones largos apartes con el señor Vasse, como si arreglaran los últimos detalles de un asunto convenido ya.

Por fin, á la una, los dos padres de familia, el señor Tournebau y el señor Pimpepsi, decidieron retirarse y preguntaron lo que debían. Solamente les cobraron el Champagne, y aun á seis francos la botella

lla, en lugar de diez francos, precio de costumbre.

Y como se quedaran sorprendidos de tanta generosidad, el *ama*, radiante de gozo, les contestó:

—«No suceden todos los días cosas extraordinarias.»